

dad, hasta el punto de producir la desesperación y de vilipendiar á nuestra raza, pintándola como engañada ó engañadora, esclava ó tirana. El *Don Juan* es una fría anatomía de la sociedad para descubrir en todas partes la hipocresía moral, religiosa, poética, para oscurecer la virtud mas hermosa, la caridad social y el respeto á la especie humana. En ambos el vicioso siente cierta inclinación hacia la fe y hacia la humana benevolencia; algun fulgor de luz pura suele iluminar todavía la oscuridad de los cuadros; pero en breve prevalece sobre todo el espíritu de orgullo, de rebelión, de negación, de ironía, de guerra contra toda superioridad.

Byron, bajo apariencias volaputosas, afectaba misantropía (1), no obstante haber sido educado en las orgías, no obstante sus galanteos, y á pesar de hallarse hasta en la poesía encadenado siempre á su época, siempre en el centro de los intereses humanos. Poseído de la soberbia del ángel caído, de su sed de venganza, en la lucha de los deseos con la sociedad de los sentidos, en la agitación continua del que en la intensidad de sus antojos se halla fuera de la esfera natural de la propia actividad, buscó el amor en la disolución, la gloria en la conducta tortuosa y extravagante, la libertad mutilada, y no en la sólida constitución de su patria, sino en ciertas disposiciones imprudentes respecto de los esclavos. Por último, le ocurrió un noble pensamiento, y marchó á prodigar sus bienes y su vida en defensa de los Griegos, y á morir en aquel país (1824) entre la amargura de positivos desengaños.

El mundo, ebrio antes de soldados, entonces se apasionó de cabelleras sueltas, corsarios, vicios elegantes y vigorosos, disolución mezclada de tedio, aborrecimiento de los vínculos sociales por falta de actividad material, y como el hombre que guía á los demás influye en ellos no solo con su genio, sino con su modo de comprender la inteligencia y de acomodarla á sus caprichos, se siguieron los pasos de Byron y se pusieron en moda los goces del lujo y de la poesía, los caballos, las mujeres, los viajes á Oriente, el guardar las distancias en sociedad, no obstante que la civilización allanaba las desigualdades, y el exagerar en la literatura los sentimientos, precisamente cuando se debilitaban en la sociedad. De aquí proviene aquella chusma de almas convulsivas y atrabiliarias que se creen elegidas porque no tienen la fuerza que las vulgares, cuya tranquila sencillez desprecian y envidian al mismo tiempo (último signo de debilidad y de impaciencia), almas que se crean goces y pesares diversos de los comunes, que prefieren agitarse antes que obrar, y que presentan como el último grado de heroísmo la cobardía del suicidio.

Así como á Byron le había ofrecido asunto para sus composiciones la vida interior del

(1) Estas piedras están levantadas sobre los despojos de un amigo: el único que he conocido. Este amigo era el perrito.

hombre, á Walter Scott le ofreció materia la vida exterior: Byron apasionado, Scott pintoresco, este pintando mil variedades de caracteres, aquel no conociendo mas que el suyo propio. Los *Lamentos del último menestral* habían elevado á Walter Scott á la categoría de primer poeta de Inglaterra, cuando al presentarse Byron en la escena, no queriendo quedar en segundo lugar, se dedicó á escribir en prosa (1814) publicando el *Waverley*, que salió bajo el velo del anónimo y la inextinguible serie de novelas, cuya acción constituye su mérito y su defecto.

La novela, como ahora la entendemos, es producción nueva de la literatura cristiana; es decir, de aquella literatura que induce á meditar sobre la vida íntima, y á seguir el curso desordenado de una pasión desde que nace hasta que triunfa ó sucumbe. Los ascéticos y los satíricos gustaron de escribir en este género; pero la novela tomó distinta naturaleza según los países. En el Mediodía dominó el romance de aventuras, y de aquí los infinitos círculos en que giran como tipos los mismos personajes. En Italia los poemas romancescos repitieron los sucesos ya cantados; tejiéronse las novelas sobre anécdotas; cada poeta cantaba á una bella, pero todas se asemejaban unas ó otras, y las comedias del arte presentaban tipos generales de la humanidad en vez de individuos. En España, hasta en el mejor romance aparecen estas personificaciones de un vicio ó de una virtud. Por el contrario, en el Norte preponderaba la reflexión interna, y Shakespeare, Richardson, Fielding, Sterne, nos ofrecen una galería inmensa de retratos, en los cuales se dedicaron á describir cada hombre, cada pasión, cada accidente de dolor ó de placer. De allí habían venido los grandes modelos de las novelas; pero no sé qué especie de desaprobación desdeñosa (1) pesaba sobre este género de literatura. Y sin embargo, la novela no es mas que una forma, á propósito para todas las pasiones del corazón y todos los caprichos del entendimiento, y que se adapta á las inspiraciones serias ó burlescas. Ella sirvió á Voltaire y Diderot para demoler, á Chateaubriand para reedificar; fué pintura en Walter Scott; fué epopeya del individualismo sentimental en *Werther*, *Renato*, *Corina*, *Obermann*, *Adolfo*, *Clelia*, y es arsénico de la sociedad y de la moral en Eugenio Sué.

Walter Scott prefiere al análisis del corazón la investigación arqueológica, en la cual se complacen los aristócratas, y la trata con una imparcialidad que tiene disculpas para todos los siglos, costumbres y vicios, laureles para toda clase de heroísmo y benevolencia para todo género de condiciones. Se apoya mas en las reminiscencias que en la inventiva, tomando lo bueno donde lo encuentra, pero apropiándose lo con vigoroso colorido y elevación poética, y

(1) Villemain en sus lecciones se disculpa con sus oyentes siempre que tiene que nombrar una novela, y por no tratar de novelas deja incompleto el examen de algunos autores.

rechazando las afectaciones de los mas; siendo inimitable en las descripciones, exactísimo en el diálogo, artificioso en el interés dramático. Estudiado un asunto se abandona en él á la ventura: « Un habitante de luna no sabe mas que yo cómo saldré del laberinto de mi historia.... Jamás he podido escribir una plana entera permaneciendo fiel al primer argumento.... Mi objeto supremo ha sido divertir á é interesar y he dejado al destino el cuidado de lo demás. » Por lo tanto no se descubre en sus escritos mas que el deseo de escribir; nunca se propuso objeto ninguno, salvo en la *Vida de Napoleon*, que no llegará á la posteridad. Talento enteramente exterior, no creó tipos, y el hombre en sus obras está como las figuritas en un paisaje.

Ana Radcliffe había introducido el terror en las novelas inglesas. Abrió las tumbas, ofreció en espectáculo los cadáveres en el horror de su inmovilidad y de su incipiente corrupción; echó mano de todos los instrumentos del espanto, precipicios, trampas, tapicerías dobles, tormentos, quejidos, calabozos, espectros, y luego, después de haber llenado de susto al lector, se burla de él corriendo el velo del misterio y revelándole riendo el secreto de su máquina fantasmagórica: los cuernos del demonio son los de una ternera, los restos de esqueletos son restos de una comida, y así se desvanece el interés con la primera lectura de sus obras, no estando sostenido mas que por la magia del estilo.

Siguiendo este ejemplo, Walter Scott introdujo alguna vez seres fantásticos y el espanto mecánico, pero echando de ver el mal efecto que producía este medio, lo rechazó después. Tranquilo en su quinta de Abbotsford, se complacía en resucitar aquella vida campestre que también describe en las novelas, pero tenía siempre fija la vista en lo pasado, en aquellos lores que habían hecho grande á la Bretaña, y á los dolores y á las esperanzas del pueblo no prestó mas atención que los escritores clásicos. Su tranquilidad límpida y serena calmaba los ánimos atormentados por recientes memorias y continuos temores acerca del porvenir, y preciso es confesar que es ménos fácil calmar el corazón que conmoverlo. Pero los efectos que produjo se limitaron á modas, mascaradas, mujeres á caballo, torrecillas góticas, torneos, y al uso renovado de banderas antiguas. Tuvo también una turba de imitadores que pretendían tener su facilidad sin poseer su riqueza.

Scott y Göthe son el extremo opuesto de Byron y Schiller: aquellos veían, estos sentían; aquellos buscaban la inspiración en lo exterior, estos la sacaban del alma; aquellos reproducían el mundo y las fisonomías, estos la pasión; aquellos son luz que alumbraba, estos llama que enciende. Byron maldijo la edad pasada; Chateaubriand la adoró; Walter Scott la pintó; Göthe se hizo el eco de todos los tonos. Así la pintura del escocés es verdadera pero ineficaz.

Byron, enfermo de odio, de duda y desesperación, canta solo el mal, la desconfianza, la nada, haciendo mas sensibles la agitación y la malevolencia de la sociedad y de los individuos, extendiendo un paño fúnebre sobre las ruinas, no inspirado por recuerdos ni por esperanzas, impulsando al hombre con ateísmo desconsolado á la incredulidad, á la blasfemia, á la inacción, al suicidio. Göthe, lleno todo de sí propio, no aspirando á hacer predominar ninguna idea, refleja como un espejo la humanidad, y como sucede siempre, los desórdenes de su voluntad perjudicaron á su inteligencia. Concluyó su *Fausto*, burlándose de todo lo que es santo, de la patria, del arte, de la fe; ultrajó el pasado heroísmo de Alemania, siendo siempre frio y á veces sarcástico, cuando tanto bien habría podido hacer. Chateaubriand rebosando espléndida elegancia, repitió las armonías de lo pasado, y entre los fragmentos del santuario buscó las chispas del sagrado fuego; pero también en parte pagó al siglo un tributo de duda y de desaliento.

Los adoradores de lo antiguo se opusieron á las nuevas formas, única cosa que veían en la moderna literatura, pero sobre todo fué patente esta oposición en Italia, tan aficionada á formas correctas (1).

Vicente Monti, de Fusignano, representa la parte magnífica de la literatura á la antigua. Abate y Arcade, viviendo entre poetillas semejantes á pájaros en jaula que á cada rumor que oían empezaban á cantar, preconizaba en Roma á los Odescalchi y á los Braschi, los matrimonios y las fiestas, habituándose á buscar la inspiración en las cosas presentes; de lo cual debían provenir los muchos atractivos que se encontraban en sus producciones y los muchos ataques que se dirigían á su carácter. Granjeáronle reputación y envidia su elegancia incomparable, sus frases irreprehensiblemente clásicas, sus espléndidas imágenes, sus perifrasis artificiosas y aquella distribución de sílabas de cuya alternada plenitud y vacuidad resulta una vocalización rotunda y armoniosa. Á estas cualidades agregaba el arte de decir á la antigua las cosas nuevas y á lo poeta las prosáicas, como hizo en la *Belleza del universo* y en las odas á Montgolfier. El populacho romano asesina al republicano Basseville, y Monti hace un poema sobre el asunto, en el cual conduce á la sombra del Frances á ver las *desgracias y los infinitos males* de Francia y su inminente castigo. Pero luego vencen los Franceses, se improvisan repúblicas en la Alta Italia, y se dirigen violentos sarcasmos al poeta de la tiranía; y entonces él, ménos tolerante con los rivales que tenía en su país que temeroso de los enemigos que pudiera tener en los demás, se traslada al territorio de la República cisalpina, y da pruebas de

(1) Tanta era la adoración á las formas que los historiadores y preceptistas italianos dividían la poesía en sonetos, capítulos, versos sueltos, etc., y según estas categorías clasificaban los autores.

Walter
Scott.
1771-
1832.

La
novela.

1761-
1833.

Monti.
1733-
1828.

su conversión en artículos y canciones en que ostenta cuantas ideas más exageradas y feroces se habían emitido en los clubs ó en las tribunas. Su oda en que maldice la sangre del vil Capeto, chupada en las venas de los hijos de Francia á quienes inhumano hizo traición, será tan inmortal como el poema en que lloró la suerte del rey más grande y más afable. De la muerte del matemático Mascheroni toma ocasión para escribir otro poema insultando á los Brutos y á los Licurgos de la República cisalpina. Aquel Buonaparte, que cuenta los días por victorias, hallándose aun bajo las tiendas de Marengo, es saludado por Monti con el título de rival de Júpiter porque no podía tener rivales en la tierra (1); el mismo Monti supone que Dante lo aconseja coronarse rey; aplaude sus bodas, el nacimiento de su hijo y todos los acontecimientos de aquella corte; dirige imprecaciones á Inglaterra porque estas eran parte necesaria de la adulación, y obtiene pensiones, honores, gloria. Apenas cae Napoleón, Monti canta la vuelta de Astrea, precisamente cuando el país destilaba sangre y gemía bajo nuevas cadenas; pero el emperador de Austria á quien llamaba aquilon en la guerra y céfiro en la paz, le quitó el título de historiador y el sueldo.

¿Lo tacharemos de infamia como versátil en política? Para esto sería necesario no haber conocido aquella alma propia de Dante, ni visto cuánta ingenuidad tenían sus afectos. Prescindiendo de que los tiempos obligando á los hombres á cambiar, entre tantos cambios no permiten examinar otra cosa sino la cuestión de la buena ó mala fe con que se profesaban las distintas opiniones, su defecto era el defecto de la escuela, la cual atendía á la forma, no á la esencia, á la exterioridad, no al fondo, y siempre tenía un grano de incienso para el ídolo de cada momento. Para Monti la forma era el todo; con su amplio y seguro método, con su maestría negligente, con las reminiscencias asimiladas por él hasta el punto de parecer espontaneidad, venció la medianía que es casi inevitable cuando se tratan asuntos contemporáneos. Sentía con fuerza lo que sentía, y daba un colorido robusto á las imágenes que atravesaban su fantasía, pero al terminar cada composición cerraba la partida. Había dicho perfectamente lo que quería

(1) El divinizar á Napoleón fué cosa muy común entre los retóricos italianos. Giordani, en el panegírico de Napoleón, en el cual se jacta de « sentir profundamente la dignidad del siglo » abunda en expresiones semejantes á esta: « El mundo ha venido al poder de un, no me atrevo á decir hombre. — Diré, sin embargo, salvo la reverencia debida á la majestad ó divino Napoleón, la única cosa que hay para ti imposible, y es el no ser excelentemente bueno. — Invitando á los Italianos á considerar y adorar la grandeza de sus beneficios. — Augusto, príncipe en quien nuestra nación adora el mayor beneficio del emperador en Italia. — Se levantarán estatuas al divino Napoleón... habrá en cada ciudad un templo, en cada casa un altar. — ¿Qué otro si no un Dios ó una virtud semejante á la de los dioses podía... formar tan asombrosa consonancia? — La virtud de este divino espíritu... hace que no nos parezca temeraria ninguna clase de esperanza. »

decir, y al día siguiente se encontraba en estado de comenzar una nueva composición, sin cuidarse de la que había hecho el día anterior.

Otro tanto le sucedía respecto de sus opiniones literarias. Habiendo engrandecido su fama con celebrar los sucesos cotidianos; habiendo dado la forma lírica al poema y hasta á la tragedia, redimiéndola de la aridez de Alfieri, habiéndose facilitado la invención con tantas sombras y fantasmas (1), y calcado un poema entero sobre el falso Ossian, cuando llegó á viejo dió en lamentarse de la guerra declarada á la mitología. Y tenía razón; porque sin ella no era posible cacarear las bodas y natalicios de los reyes y de los mecenas.

Con frecuencia había maltratado al buen clérigo Antonio Cesari, el cual reimprimiendo el Diccionario de la lengua italiana hizo en él muchas adiciones tomadas de los partidarios del siglo XIV que habían traspasado el sentido recto de los primeros académicos de la Crusca (2). Esta era una reacción contra los barbarismos introducidos en la lengua, no tanto por la conquista francesa como á causa de la negligencia nacional del siglo precedente. Á combatirlos, principalmente en el Piamonte, se habían dedicado Napione, Botta, Grassi, todos pretendiendo regenerar el idioma por medio del arcaísmo. Monti, ya viejo, y no encontrando sino muy raras ocasiones de versificar, tomó también á su cargo esta cuestión de la lengua, en la cual trabajan hace siglos los Italianos, siempre con mala fortuna, en tiempos en que consolidada la esclavitud, no se les permite tratar de otra cosa.

Algunos, pues, preconizan la excelencia de una lengua cortesana, literaria, escogida, ó como quiera que la llamen, que venga á ser en suma lo mejor entre todo lo que escribieron los buenos autores en toda Italia. ¿Pero quiénes son los buenos autores? ¿Los del siglo XIV ó los del siglo XVI? ¿Y cuáles los mejores entre los de estos siglos? Tal vez escribieron cada uno en el idioma de su provincia; ¿de dónde sacaron aquello que tienen de bueno? De su capricho no fué invención ciertamente, y entonces, ó lo sacarian de otros autores, lo cual no haría más que alejar la cuestión, ó de la lengua hablada; y en este caso, ¿por qué no recurrir directamente á los que la hablan?

Los que hacen este argumento piensan que el

(1) Es cosa bizarra ver que á los cargos que se le hacían de todas aquellas sombras, considerándolas como artificios triviales, él respondió precisamente probando que son pensamientos triviales: « Me parece que el despertarse de aquellas sombras, el indignarse, el estremecerse, son unos pensamientos é imágenes tan naturales, tan espontáneas, y me atrevo á decir tan necesarias, que habría podido hasta ocurrir á alguno que eran unas criaturas. (La espada de Federico II)... En el acto de aquella acción, ¿no pone acaso súbitamente en movimiento á la sombra de Federico con la misma facilidad que si fuera una pobre fantasía? » (Carta á Bettinelli.)

(2) Este diccionario extasiaba á Fóscolo, el cual, en la necesidad de elegir, lo quería más bien pedante que libre, porque yo, decía, busco en el Diccionario italiano más reglas que palabras.

legislador de la lengua (no digo del estilo) es el pueblo que mejor la habla, es decir, el florentino. Pero aquí se presenta una nueva excisión. La Academia de la Crusca, la primera que formó un Diccionario de una lengua viva, lo combinó del modo que solían recopilarse los de las lenguas muertas; esto es, tomando las voces de los libros y apoyándolas con ejemplos. Prescindiendo de los defectos de la ejecución, inevitables en un trabajo tan largo y hecho entre tantos, ¿por qué recurrir á una autoridad muerta teniendo á mano la viva? Cuanto más que no escogiendo sino entre los Toscanos, y entre los pocos que en lenguaje toscano escribieron, se venía á reconocer una autoridad superior y anterior á la de los escritores, la autoridad que estos recibían del nacimiento y del idioma.

No quiso comprenderse esto. Porque en otros puntos de Italia se habían elevado escritores insignes, se pretendió que la lengua debía ser una colección de voces escogidas entre todas las provincias, como si tales escritores se hubiesen propuesto usar el habla provincial; como si un particular ó una academia pudiesen saber las voces que se usan en toda Italia y comparárlas para elegir la mejor. Entonces se clamó contra la soberbia de los Florentinos que se abrogaban el privilegio de hablar bien; se confundió el hablar con el escribir, el estilo con la lengua, y los de la opinión popular fueron tachados de pedantes por los que pretendían que todos se atuviesen á los libros, es decir, á los muertos.

Esta última parecía ser sobre poco más ó menos la doctrina que sostuvo Monti en sus Adiciones y correcciones al vocabulario de la Crusca; pero de una hoja á otra se contradice y se desdice, reproduciendo lo que dijeron los que habían censurado anteriormente á los académicos de la Crusca; separándose en la práctica de lo que profesaba como teoría, y dando amenidad con sus gracias y agudezas á un tratado pedantesco. Por lo demás, lejos de terminar la cuestión, la envenenó, y su ejemplo sirvió de excusa á encarnizamientos poco nobles y personalidades de plaza pública.

Estos son, si no me engaño, los principales caracteres de la escuela antigua á la cual se contraponen la moderna en Alejandro Manzoni, Milanes. Comenzó este como sus maestros le habían enseñado, por composiciones llenas la una de la gracias del antiguo cinto de Vénus y la otra de afectos y dolores profanos; pero ya podía verse entonces en ellas una multitud de cosas que no eran ni la forma evidente y sencillamente graciosa de Monti, ni la ira de Fóscolo, lírica por el afectado desprecio de las transiciones. Habiendo ido á Francia para completar su educación, amigos pensadores á quienes la oposición servía de libertad, lo indujeron á meditar sobre las creencias y sobre las teorías que entonces se divulgaban, y publicó varios ensayos, escritos en ese género de poesía sobrio que huye de las circunlocuciones, que subor-

dina la frase al pensamiento, que no busca adornos sino en la esencia misma del objeto que se propone tratar, que sobre todo se nutre con pensamientos elevados y santos, y se cree un magisterio, un apostolado. La sencilla originalidad de los Himnos hizo que pasaran sin ser notados, y las composiciones tituladas *Carmagnola* y *Adelehi* sufrieron los ultrajes de aquellos difamadores, cuya bajeza llama en su auxilio á la perfidia, y que son muy influyentes en los países donde la libertad de imprenta no ha preparado su justo desprecio. La oda á la muerte de Napoleón, inferior á sus demás composiciones líricas, hizo que hasta sus conciudadanos le perdonasen su gloria, la cual tanto se aumentó después con la novela los *Prometidos Esposos*.

Aquella oda es la única en que trata de cosas modernas y podía jactarse de haber conservado su genio, « virgen de serviles encomios y de cobardes ultrajes. » No tiene Manzoni la felicísima facilidad de Monti; por el contrario le cuesta trabajo cada estrofa y queda pocas veces satisfecho; pero Monti se ocupaba después toda su vida en limar sus versos, y Manzoni una vez impresos, no retocó los suyos. El uno describe más de lo que piensa, el otro piensa más de lo que describe; en el uno predomina el don de la fantasía, en el otro la facultad de la reflexión, que es la conciencia de la inspiración; el uno tiene la fluidez de los escritores del siglo XVI, el otro la concisión tan necesaria en la poesía lírica; el uno deja á sus lectores maravillados, el otro los deja satisfechos. El carácter constante de Monti es la violencia, ya elogio, ya censura; el de Manzoni es la mansedumbre hasta cuando intima al Austriaco que levante sus tiendas de una tierra que no es su patria; hasta cuando exclama que Dios no dijo nunca al Tudesco: vé, recoge donde no has arado, abre las garras, te doy la Italia. Monti, abandonándose á la imaginación, prescindió del juicio, y de aquí sus vacilaciones y sus frecuentes cambios; Manzoni por el contrario es eminentemente racional. Sin embargo, Monti se enseñoreó de la opinión y se elevó al puesto de consejero de reyes y naciones, mientras que Manzoni duda siempre de sí mismo; aquel no tiene un propósito especial, pero enseña y practica el arte, por lo cual los afortunados que se dividieron su túnica, hicieron cosas bellas; al paso que los secuaces de Manzoni aspiraron con preferencia á las buenas, siendo aquellos apasionados de lo ideal y estos de la realidad. Ambos probaron fortuna en composiciones para el teatro, y Monti, valiéndose de los artificios antiguos, consiguió aplausos que fueron negados á Manzoni. También Manzoni sostuvo polémicas; pero en vez de la crítica provocadora, más semejante á un ataque de partido que á una discusión de sistema, dió ejemplo de aquella crítica que exige corazón recto, criterio seguro y buena conciencia, que aprecia lealmente en los adversarios lo que merece elogio, y admite

á participar de los aplausos públicos á todo el que ha merecido bien de la verdad. Ni combatió por su propia defensa ni por un estrecho patriotismo, sino por la moral católica una vez, y otra por las unidades trágicas, elevando la disputa á cuestion moral.

La poesía histórica no es en él inspiracion ni alusion, sino exámen concienzudo de cada palabra, y en vez de tomar solo un nombre ó un hecho para fundar sobre él una tragedia ó una novela, rescucita los tiempos con los sentimientos que en ellos predominaron. Muestra, pues, cierto pudor poético, una dignidad desacomtumbrada en la literatura, á la cual considera como sacerdocio y mision (no hay que reirse de estas palabras por mas que hayan llegado á ser una jerga á fuerza de prodigarlas), y una noble aspiracion á elevar la poesia italiana hasta su origen, hasta los tiempos en que Dante la hacia maestra de civilizacion y representante de los sentimientos que él reputaba por mejores.

La novela de Manzoni descende de la de Walter Scott; pero este hizo cincuenta y aquel una; el Inglés todo se redujo á colorido exterior, el Italiano todo es vida íntima; aquel tuvo solo por objeto pintar y divertir, este hacer pensar y sentir. Manzoni mismo creyó su novela destinada á pasar á la posteridad, pues que renovó su ropaje aun despues de haber admitido Italia el primitivo con que la habia vestido. Indujéronlo á esta variacion sus ideas respecto de la lengua, ideas tambien opuestas á las de Monti; pues que queria que á ejemplo de lo que se hace en otros países, se cortaran en Italia de un golpe la incertidumbre y la pedanteria, adoptando como idioma comun el dialecto que por confesion de todos es el mejor, y que como lengua viva es completo é indefectible, y contribuye al progreso de las ideas.

Manzoni en la madurez de su edad y de su talento, castigó á su patria con el silencio (1); pero su causa estaba ganada, y los sostenedores de ella progresaron entre las contradicciones del poder, y por tanto se extraviaron ménos, adquiriendo vigor en la lucha, y expresando las necesidades y esperanzas de la generacion naciente.

Hablo de los buenos, porque la turba se dividió en dos bandos, siguiendo cada uno á su jefe. Algunos continuaron llamando clásicas las ideas vagas, las expresiones exageradas, la melosidad de aquel género verboso y estéril que ha impedido que hasta ahora hayan tenido los Italianos una prosa nacional; obstinándose en echar mano de las bellezas estereotipadas del antiguo estilo, compuesto de un poco de imaginacion y otro poco de forma; empeñándose en emplear el tono suave, en prodigar los epítetos triviales y en sembrar sus escritos de

(1) Esto ya no es cierto despues de la admirable oda que hemos citado y de sus tres obritas sobre la lengua, sobre la filosofía de Rosmini, y sobre la novela histórica.

frases clásicas y sin fisonomía como mujeres con afeite, y separándose al mismo tiempo inmensamente de la majestad y delicadeza de Monti. Los que se apartan de novedades no serian condenables si lo hicieran por oponerse al extranjerismo, y si no olvidaran que la literatura que se aísla se queda en un terreno falso y mezquino. Otros aspiraron al galardón de innovadores con reproducir metros y fórmulas del maestro y con ciertas creencias vagas de un Cristianismo de moda, y sustituyeron á la mitología personificaciones parásitas, la hipocondría al dolor, los caprichos de la imaginacion á la meditacion (1), las pasiones del cerebro al estudio del corazon. Estos convirtieron la tragedia en un desordenado farrago de escenas que respiraban paganismo antiguo en acontecimientos nuevos, ó hicieron idilios que exhalaban el perfume del jardin, no el olor del campo, y en vez de buscar la novela del pensamiento, del sentimiento, de la moral, redujeron esta clase de composicion á una narracion patética ó á un embrollado laberinto en que sustituían á la narracion seguida y principal, diálogos prolijos y cansados, pormenores que distraen la atencion, cubriéndola cuando mas con los líricos rugidos del *Jacobo Ortis*. En suma, las ampliaciones y las frases bucólicas arrojadas por la ventana entraron con otro traje por la puerta, y ellos las recibieron, presumiéndose innovadores porque á las Filis y á las ninfas habian sustituido ángeles, sílfides y rayos de luna. La escasez de aquella sincera y fresca inspiracion de la naturaleza, primera flor de la poesia, reflejo de las cosas y no de otra época, demuestra cuán pocos fueron los que echaron de ver que la esencia de la verdad en literatura se encuentra, no en los objetos aislados, sino en la relacion de estos objetos entre sí.

Los sobrios colores que retratan la verdadera sociedad, no la ficticia; aquel aliento de placida religion; aquel respeto á la voluntad de Dios; aquel amor á la regularidad que hace facil y suave la vida, desagradó á muchos que adoraban con Fóscolo la omnipotente necesidad, con Alfieri el tiranicidio á la romana, el cual no cambió jamas la situacion de las clases, ni aseguró la libertad, y con los retóricos el entusiasmo que fuerza á la simpatía, la exageracion en decir bien ó mal de los hombres y del país, y la desconsoladora filosofía que nos envilece so pretexto de analizarnos, y que es la expresion del exterior de una sociedad es-

(1) Antes de predominar el romanticismo, fué sentimentalista Hipólito Pindemonte, que se distinguió entre sus contemporáneos por los *estros melancólicos y amados*. Pindemonte, alma pura y quejumbrosa, pero sin accion, declama ya contra los viajes, ya contra la caza; sin embargo, la libertad hizo palpitar su corazon; en el *Arminio* se complace en pintar el noble carácter de un defensor de la independencia nacional, y censuró á aquel Fóscolo, que «siguiendo trabajosamente las huellas del pensamiento moderno, se obstinó en tomar las formas griegas (Mazzini) porque no supo sacar otras poéticas de objetos ménos lejanos que la guerra de Troya».

pirante, no la de la respiracion poderosa de la sociedad que renace (1).

La Italia tuvo su Chenier (Leopardo) y su Beranger (Justo), y la musa de estos se vió tambien poseída de la indignacion que animaba á aquellos poetas franceses. Pero un libro de tranquila resignacion ante los mas atroces martirios, impregnado de aquella calma solemne que no conmueven ni las persecuciones de los fuertes, ni la ingratitud de los hermanos, sirvió la causa de los pueblos mucho mejor que la lírica indignacion y las vulgaridades de un patriotismo sañudo y arrogante. Por esto fué ultrajado en su patria, mientras Europa lo admiraba (2). Y aquí, por mas que la amistad y veneracion, ó el amor á la verdad nos exciten, nos vemos precisados á callar los nombres, porque en un país donde la critica no es mas que un ataque al honor ó al bolsillo, ó un inmundito truco de asqueroso incienso, no se puede elogiar ni censurar con aquella libertad que es el primer elemento para formar juicio, y la primera necesidad de quien habla siempre segun le dicta su conviccion.

La adulacion que aplaudió la poltronería de los que gozaban, y denigró la generosidad de los oprimidos, es propia de aquella lacayería intrigante que habria sacrilegio en llamar literata. Pero hay otros que se van generalizando: adular la patria para que no sienta el dolor y la mengua regeneradora; adular la fuerza para que haga sombra al talento; adular los precoces para que no pongan empeño en valer mas; adular al sofisma por lo mismo que ahoga á la verdad; adular la libertad por lo mismo que se disfama con las excesos; adular, si no se quiere mas, las preocupaciones y los instintos poco generosos. Pero los académicos que trabajan con afan para componer una frase, que buscan las cosas antiguas, la trasposicion, el buen éxito á costa de trabajo en los lugares comunes; pero los misántropos que manifiestan cierto desprecio por la casta actual, los despechos á sangre fria, las iras simuladas,

(1) Jacobo Leopardi de Recanati (1798-1837) es el tipo de la filosofía lúgubre. A Leonardo Trissino le escribía que «se había extinguido en Italia la facultad de imaginar y de inventar... habiéndose secado todas las fuentes de los afectos y de la verdadera elocuencia.» En la *Retama*, que se tiene por su mejor composicion poética, sátira y hasta insulta á los que creen en el progreso, diciendo que al mirar la

mortal prole infelice,
Non so se il riso ó la pietá prevale...
Non ha natura al seme
Dell'uom piú stima ó cura
Che alla formica.

y concluyendo con decir que la retama es mas sabia que el hombre, porque no se cree inmortal. A De Sinner le escribía el 24 de mayo de 1832 acerca de «las frivolas esperanzas de una pretendida felicidad futura y desconocida.»

(2) Es una alusion á las *Mis Prisiones* de Silvio Pellico. Queda bien entendido que no deben estos juicios concordar con los de los mas (desgraciado sería el autor que hubiera estudiado mucho su tema, para no pensar al cabo sino lo que piensan los mas), y permitase al delator distinguir las frases. A los honrados contradictores solo una cosa he de pedir: que se pongan en mi punto de vista.

dispuestos á cambiar en elogios para quien lisonjee sus pasiones; pero los predicadores que, no obstante con ilustre ejemplo, siguen declamando, y en presencia de la majestad del altar hacen alarde de soberbias frases y de descripciones escolásticas, ¿qué frutos pueden dar á la patria y á la moralidad? Si supiera la sátira hacer retratos y no caricaturas; no dejar degenerar la risa en burla; no usurpar un ejercicio hartas veces bajo y constituirse relámpago precursor de la arrojada calumnia y de la oculta denunciacion; si se inspirara de benevolencia y accion, y subrogara una reflexion reformadora al desatinado desprecio, no le faltaria en qué emplearse; por ejemplo, en la atrafagada insolencia y la elegante fatuidad, que con generosos ditirambos encubren un abyecto egoísmo, y con el despecho del placentero contra el meditador, del bruto contra el inteligente, con toda su hinchada vanidad, se hacen pesadas al hombre de mérito y enredan á quien lo quiere; en los jóvenes, criados ligeros aunque dogmáticos, con una educacion disipada aunque literaria, en ese codicioso tráfico de alabanzas, noticias, relaciones; en esa alternativa de insulsos elogios y villanos menosprecios, parecidos á esas gazapelas donde no hay ni amigos seguros ni enemigos respetuosos; en esa armonía de nada que se halla en los periódicos, otra plaga de nuestra literatura, que postrados delante de la mediocridad é idolátras de lo negativo, están siguiendo con una ansiosa desconfianza los pasos de los que van subiendo; en esa crítica de una deplorable desenvoltura, á la que falta la conclusion necesaria, esto es, el enseñar del modo que deberia hacerse, y que, petulante en la victoria al paso que es servil, separa la franqueza de la dignidad para hacerla aborrecer; no conoce la tolerancia, que es el respeto de la libertad; toma el microscopio que abulta las cosas pequeñas y no ve las grandes; considera como prueba de superioridad la estrepitosa resolucion; intenta humillar toda grandeza moral, é inducir á la plebe rica, docta y patricia á que prodigue los ultrajes á los caracteres que ensalzará, el día de su entierro, y ó con la calumnia persuade la exageracion á los buenos, que no saben resignarse á la injusticia de sus hermanos, ó se enfurece contra unos hombres que, despues de haber nacido llenos de amor y armonía, acaban con el sarcasmo y la ira (1).

(1) «Dios piadoso en el cielo y nuestros paisanos en la tierra, nos tendrán cuenta un día de esta vida tan angustiada, tan atormentada, tan rica en castigos interiores, tan pobre en compensaciones exteriores, cual es la vida del escritor italiano. Los que hoy día escribimos en Italia, tendríamos á los ojos de los venideros, como tenemos á los ojos de los extrajeros, poco mérito en punto de letras; pero quizas se nos concederá tanto mas mérito en punto de virtud. Y luego no le hace lo que se nos conceda, con tal que cumplamos con nuestros deberes para con la patria.» Así hablaba, en 1838, César Balbo, con el cual me complace en repetir: «Yo no estoy por los Italianos preocupados, cicateros, aborrecedores y aisladores; pero mucho le falta que yo les abandone completamente; mientras que ellos desde mucho tiempo deben ya haberme abandonado á mí y á mi libro.»

(Este cuadro reclamaria colores mucho mas negros, sus